

Raja Sheladeh

**¿Qué
teme
Israel
de
Palestina?**

Traducción de Francisco J. Ramos Mena

Alianza editorial

Título original: *What Does Israel Fear from Palestine?*

Publicado por primera vez en 2024 por Profile Books

Primera edición: enero de 2026

*Ilustración de cubierta de Bayan Dabdah
Diseño de cubierta: Steve Coventry-Panton*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Raja Shehadeh, 2024, 2025
© de la traducción: Francisco J. Ramos Mena, 2026
© Alianza Editorial, S.A., 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-138-5
Depósito legal: M-19863-2025
Printed in Spain

*A Andrew Franklin,
amigo, editor y antiguo redactor*

Índice

Mapa	11
Parte I: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	13
Parte II: La guerra de Gaza, 2023-2024	89
Epílogo. Octubre de 2025	125
Notas	145



Parte I

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

El final de la década de 1980 y el inicio de la de 1990 marcaron una época de esperanza en el mundo. La Guerra Fría parecía haber terminado. En el verano de 1987, David Bowie cantó en el Muro de Berlín, como si preparara el terreno para lo que ocurriría allí dos años después cuando, el 9 de noviembre de 1989, el portavoz del Partido Comunista de Berlín Este anunció un cambio en las relaciones de la ciudad con Occidente. A partir de medianoche, los ciudadanos

de la RDA serían libres de cruzar las fronteras del país. El Muro había caído.

Mientras tanto, en Sudáfrica, se producían una serie de avances positivos que culminarían con la celebración, el 27 de abril de 1994, de unas elecciones en las que pudieron votar todos los sudafricanos, independientemente del color de su piel. Cuando el país derogó la Ley de Registro de Población —que negaba derechos basándose en la segregación racial—, el sistema del *apartheid* quedó de hecho abolido.

La primera cuestión que quiero plantear aquí es por qué unos acontecimientos esperanzadores como estos, que desembocaron en la resolución de injusticias endémicas largamente arraigadas, no inspiraron al Gobierno israelí a poner fin a la ocupación de los Territorios Palestinos Ocupados, resolver los asuntos pendientes entre palestinos e israelíes y abrir la puerta a una paz duradera. Luego hay otras dos cuestiones relacionadas con ella: ¿por qué el mundo no utilizó su influencia para apoyar iniciativas destinadas a que eso sucediera? y, pensando en la situación actual, ¿qué papel —si es que hay alguno— podría desempeñar la guerra de Gaza, con su terrible

coste humano, de cara a propiciar el inicio de un cambio global?

No hay respuestas sencillas a tales preguntas, pero deseo proponer aquí algunas nuevas formas de reflexionar sobre estos problemas.

En el pasado, cuando preguntaba a amigos israelíes de izquierdas por qué el fin del *apartheid* en Sudáfrica no servía de inspiración al Gobierno israelí, obtenía dos tipos de respuestas distintas. La primera era que los blancos de Sudáfrica habían perdido, cosa que no les había ocurrido a los israelíes. Esta idea me afligía, porque revelaba que ellos creían que el fin de la supremacía blanca implicaba la derrota de la población blanca. Parecía que eran incapaces de ver que, en realidad, era una victoria para ambas partes. La segunda respuesta, más convincente, era que los israelíes no consideraban que su situación se asemejara en absoluto al *apartheid* y, por tanto, no creían que necesitara una resolución similar.

Puede que algunos lectores se pregunten por qué yo formulaba tales preguntas cuando la respuesta es obvia. En 1991, el mundo hizo un esfuerzo por reunir a las partes al convocar la Conferencia Internacional de Paz de Madrid, con la

presencia de los estados árabes y de Israel. La iniciativa culminó finalmente en 1993 con la firma de los Acuerdos de Oslo, celebrados con el famoso apretón de manos en el jardín de la Casa Blanca entre el primer ministro israelí, Isaac Rabin, y el presidente de la OLP, Yasir Arafat, una escena que se emitió una y otra vez en las pantallas de televisión de todo el mundo. Pero antes de explicar por qué creo que estos acontecimientos brindaron únicamente esperanzas ilusorias, quiero volver a la segunda respuesta que ofrecían los israelíes para explicar la ausencia de cualquier inspiración positiva y su incapacidad de vincular el régimen del *apartheid* en Sudáfrica con la situación de Israel/Palestina.

Para entender la diferencia entre los israelíes y los palestinos a la hora de concebir la historia de su Estado, tenemos que remontarnos a los acontecimientos fundacionales de 1948, el año en que se creó el Estado de Israel, y reflexionar sobre la Nakba, o ‘catástrofe’, que es el término utilizado por los palestinos para describir lo que ocurrió entonces.

Israel habla de la guerra de 1948 como su guerra de independencia. Eso resulta extraño, por-

que, al hacerlo, el país está sugiriendo que obtuvo su independencia de los británicos. Pero fueron los británicos quienes, en la Declaración Balfour de 1917 —hace más de un siglo—, prometieron su tierra a los judíos, una tierra habitada en su mayoría por árabes palestinos. La declaración afirmaba que «el Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío...». Y fueron los británicos quienes durante toda la vigencia de su Mandato sobre Palestina, de 1922 a 1948, trabajaron para facilitar la creación allí de un Estado judío de acuerdo con los términos de dicho mandato. Yo diría que la verdadera razón por la que se hace la mencionada afirmación es que Israel estaba ansioso por situarse dentro del grupo de las naciones descolonizadas.

El nuevo país procedió sin demora a reinventar la historia de modo que excluyera cualquier reconocimiento de la existencia de los habitantes originarios no judíos, y para ello no solo expulsó a la fuerza a la mayoría de ellos, sino que también eliminó todo rastro de su antigua presencia e historia en el territorio. A manera de texto fundacional, Israel trató la Biblia como un documento

histórico y la utilizó para sustentar la afirmación de que la tierra pertenecía a los judíos desde tiempo inmemorial por cuanto se la había prometido el Todopoderoso.

En otras palabras, en 1948 se produjo un intento de reescribir toda la historia de Palestina: ese fue el año cero, tras el cual se iniciaría una nueva historia con la reagrupación de los judíos en su patria histórica, Israel. Las ciudades y pueblos de los que se expulsó a los palestinos fueron rápidamente demolidos, y se emprendió una campaña de ámbito global destinada a recaudar fondos para plantar árboles en los bosques que se crearon donde antes se habían alzado aquellas poblaciones con el fin de ocultar por completo su anterior existencia. En algunos casos se construyeron nuevas ciudades y kibutz israelíes sobre sus ruinas, y se les dieron nombres hebreos. El Gobierno de Israel creó un organismo público, el Comité Nacional de Nomenclatura, para reemplazar los nombres árabes existentes hasta 1948 por otros hebreos, aunque los vestigios de aquellos alteraron el proceso. Por ejemplo, el nombre del conocido Cráter Ramon, en el Néguev, no deriva del adjetivo hebreo *ram* (que

significa ‘elevado’), como afirman las guías turísticas israelíes, sino del árabe Wadi Rumman (‘Valle de las Granadas’); y, de manera similar, el uadi hoy llamado Nahal Roded era antes Wadi Rad-dadi¹. Se creaba así una nueva geografía que transformaba el país donde habían vivido los palestinos.

Para los judíos israelíes había mucho que asimilar, y se dedicó una considerable energía a construir la nueva nación, una nación judía israelí, en una tierra que en gran parte había pertenecido a otro pueblo, los árabes palestinos. Pero mientras que para los judíos israelíes se trataba de una misión, para los palestinos la historia era muy distinta.

Para los desposeídos, aquella fue una época confusa. Más de 700.000 palestinos que fueron expulsados durante y después de la guerra de 1948 tuvieron que arreglárselas para sobrevivir tras perder sus tierras, sus propiedades y su forma de vida. Y para la minoría palestina que logró permanecer en sus pueblos y ciudades en lo que se convirtió en el territorio de Israel, también fue una época igualmente desconcertante, sobre todo cuando se vieron obligados a celebrar el Día

de la Independencia del país que les había usurpado el suyo.

Esto queda perfectamente ilustrado, mediante la sátira y el humor autocrítico, en la obra *Sag Salem*, del dramaturgo palestino Salim Dau, donde se describe cómo a los palestinos de Israel se les enseñaba en la escuela el mismo mito con el que se ha educado a generaciones enteras de jóvenes israelíes, a saber, que los judíos israelíes lucharon y conquistaron su independencia de los británicos. Esto no solo niega la presencia de los árabes palestinos a los que se arrebató su tierra, sino que también falsifica la historia al no reconocer la contribución británica en la creación de Israel, sobre todo a través de la Declaración Balfour de 1917 y de las decisiones tomadas durante el Mandato Británico de Palestina. Además, sitúa a Israel de forma bastante curiosa en la familia de naciones que han superado el imperialismo y conseguido su independencia de los colonizadores. Salim Dau y sus paisanos sabían que, desde el momento en que te convertías en ciudadano del nuevo Estado, tenías que celebrar su Día de la Independencia, ya que, de lo contrario, te mirarían con recelo.